

**INQUISICIÓN, PROTESTANTES Y FELIPE II EN 1851.  
ADOLFO DE CASTRO Y LA HISTORIA NACIONAL  
COMO LEYENDA NEGRA**

**Roberto LÓPEZ-VELA**  
**(Universidad de Cantabria)**

Aceptado: 6-II-2006.

**RESUMEN:** *En los años en los que comenzaba a bosquejarse la historiografía liberal, Adolfo de Castro tuvo una importancia bastante considerable y paralela a su montaje en torno al Buscapié. Sin ningún rigor y de forma bastante panfletaria, Castro desarrolló una visión de la historia de España marcada por la leyenda negra, siguiendo las propuestas que habían desarrollado algunos autores extranjeros. Esta visión fue rechazada por las distintas corrientes del liberalismo español, relegando a Castro a una posición marginal en el terreno historiográfico. Palabras clave: historiografía liberal, decadencia de España, Inquisición, protestantes, Felipe II, leyenda negra.*

**ABSTRACT:** *In parallel with his faking of El Buscapié, Adolfo de Castro had considerable importance in the beginnings of Liberal Historiography. Castro developed his vision of Spain in a pamphleteering way, without rigor and, following the ideas developed by some foreign writers, marked by the Black Legend. This vision of Spanish History as rejected by the different tendencies of Spanish Liberalism, thus relegating Castro to a marginal position in the historiographical field. Key words: liberal historiography, Spanish decadence, Inquisition, protestants, Philip the II, black legend.*

No escribo historia de guerras: no de tumultos o rebeliones populares: no de casos prósperos o adversos a las armas españolas: no de paces sin fruto o aprovechadas con cuerda diligencia: no de reyes amantes del bien de sus súbditos, obrando con el deseo de hacerlos felices y según el propio parecer o el consejo de hombres desapasionados: no de empresas ilustres y dignas de perpetua memoria, sino de bárbaras acciones, de crueles tormentos y castigos: de suplicios de fuego: de familias condenadas a la deshonra y al vituperio: de caballeros, de eclesiásticos y de plebeyos, personas de gran ciencia y virtudes, cubiertos de infamia, perseguidos y forzados a procurar la salvación de las vidas en tierras donde la libertad protegía a los que en ella buscaban abrigo, maltrata-

dos por la enemiga fortuna y la intolerancia de los tiranos.<sup>1</sup>

Una importante declaración de principios escrita por Adolfo de Castro en 1851, unos años en los que se estaba forjando las líneas justificativas del nuevo estado basadas en el pasado nacional, intentando recuperar y resaltar los hechos heroicos de los españoles, entendidos como expresión de la grandeza y la independencia de España en su historia.<sup>2</sup> Como ya había hecho en obras anteriores, Castro<sup>3</sup> se situó en las antípodas de cualquier interpretación grandilocuente del pasado nacional y esto es singularmente evidente en su *Historia de los protestantes españoles y su persecución por Felipe II*. Propiamente, en esta obra va a proponer una inversión de los valores y hechos a partir de los que se estaban forjando la interpretación del pasado del estado nacional surgido de la revolución liberal.

Para cualquier lector al tanto de lo que se publicaba aquellos años, sabía que la *Historia de los protestantes* era un libro en defensa de un credo liberal tan cargado que rayaba en la provocación. Sin embargo, ni era un panfleto ni pretendía ser un libro de divulgación, sino un libro central en la comprensión de las verdaderas razones históricas que habían hecho de España una nación singular y atrasada dentro de Europa. Haciendo desfilar a un gran número de autores del siglo XVI, Castro pretendió informar al lector con detalle de cuántos y quiénes fueron los protestantes españoles condenados por la Inquisición en tiempos de Felipe II, y al hilo de esta información, proporcionarle los elementos de comprensión de la historia nacional dentro de la civilización europea, retrocediendo hasta el Imperio Romano. Para Castro la difusión del cristianismo había supuesto un cambio esencial en la trayectoria de este Imperio y, desde entonces, su impronta dominaba la historia europea. Un planteamiento semejante al sostenido por Balmes en su *El protestantismo comprado con el catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*<sup>4</sup>, publicado entre 1842 y 1844, si bien su interpretación no resultaba nada coincidente. A través de su *Historia de los protestantes*, Castro, que se consideraba «liberal exaltado», presentó una propuesta antitética a Balmes con intención de ser una pieza clave en la construcción de la historiografía liberal. Entonces Castro gozaba

<sup>1</sup> CASTRO Y ROSSI, A., *Historia de los protestantes españoles y de su persecución por Felipe II*, Cádiz, Imprenta, Librería y Litografía de la Revista Médica, 1851, p. 73.

<sup>2</sup> CIRUJANO MARÍN, P. *et alii*, *Historiografía y nacionalismo español 1834-1868*, Madrid, CSIC, 1985.

<sup>3</sup> Para seguir la biografía de Castro, junto al catálogo de sus obras vid. VALLEJO MÁRQUEZ, Y., *Adolfo de Castro (1823-1698). Su tiempo, su vida y su obra*, Cádiz, Fundación Municipal de Cultura del Excmo. Ayuntamiento de Cádiz, 1997; RAVINA MARTÍN, M., *Bibliófilo y erudito. Vida y obra de Adolfo de Castro (1823-1898)*, Cádiz 1999, y *Castro y Lázaro. Erudición y polémica en la España Moderna (1889-1898)*, Madrid, Fundación Lázaro Galdiano - Ollero Ramos, 2001.

<sup>4</sup> Madrid, B. A. C., 1967. Sobre la biografía y la obra de este autor vid. CASANOVAS, I., *Balmes, la seva vida, el seu temps, les seves obres*, 3 vols., Barcelona, 1932; ALSINA ROCA, J. M., *El tradicionalismo filosófico en España. Su génesis en la generación romántica catalana*, Barcelona, P. P. U., 1985; FRADERA, J. M., *Jaime Balmes. Els fonaments racionals d'una política catòlica*, Vic, Eumo Editorial, 1996.

de una fama notable en España y más en el extranjero, hasta el punto que su libro fue editado algunos días antes en inglés que en castellano, algo insólito en la época.

El objetivo del presente trabajo es analizar el significado de esta importante obra de Castro dentro de su producción en estos años, junto a su consistencia y credibilidad para sostener su visión más radical entre las corrientes liberales que estaban definiendo la interpretación oficialista del pasado en torno a la Real Academia de la Historia. Esta fue la perspectiva con la que se escribió la *Historia de los protestantes* y dentro de la cual es necesario valorar el impacto que alcanzó.

### ***El Buscapié y la búsqueda de notoriedad.***

La historiografía ha tendido a ver en Castro un autor caracterizado por el estrecho provincianismo gaditano, con una desmedida tendencia a la polémica y una trayectoria ideológica bastante contradictoria. Es decir, un autor de más ruido que calado. Semejante apreciación, sin ser del todo incierta, corresponde más bien a la fama con la que murió,<sup>5</sup> no a un análisis preciso de las diversas facetas de su producción y del significado que en cada momento tuvo para sus contemporáneos. Depende en qué coyunturas, Castro intentó jugar un papel bastante más protagonista, erigiéndose en uno de los más claros referentes nacionales del liberalismo exaltado en el terreno intelectual. Un esfuerzo en el que tuvo especial relevancia su fama en el extranjero y su dedicación a la historia en unos años en los que residió durante largas temporadas en Madrid.<sup>6</sup>

Basta con seguir las publicaciones de Castro para comprobar que sus preocupaciones tuvieron una vertiente dedicada a Cádiz y otras de ámbito nacional, algo que resulta más que evidente en el terreno de la historia. En cualquier caso, con lo que hizo logró una repercusión nada habitual para un autor tan alejado de la capital. Tiene razón Vallejo Márquez cuando afirma que, en la abundante producción de Castro, tiene una importancia similar su faceta como historiador a la que desarrolló como crítico literario<sup>7</sup> y se puede añadir que en ningún período con tanta intensidad como la que se produce entre 1847 y 1852, cuando escribió sus obras históricas más ambiciosas, las que más se adentran en aspectos centrales del pasado nacional. Son obras de juventud, como lo fue *El Buscapié*, al que luego calificó de *muchachada*, y al igual que este, los libros de historia de estos años fueron concebidos como la otra vía de ascenso rápido a la celebridad dentro de una estrategia doble y paralela: la crítica literaria y la historia, los campos en donde se podía cosechar mayor brillo como intelectual. Entre las cualidades de

<sup>5</sup> RAVINA MARTÍN, M., *Castro y Lazaro*, op. cit., pp. 11 y ss.

<sup>6</sup> VALLEJO MÁRQUEZ, Y., *Adolfo de Castro*, op. cit., p. 25; RAVINA MARTÍN, M., *Bibliófilo y Erudito*, op. cit., pp. 63 y ss.

<sup>7</sup> *Adolfo de Castro*, op. cit., p. 65.

Castro, los contemporáneos nunca mencionaron la modestia. Así los temas que eligió para sus libros de historia fueron de la mayor incidencia en su época, demostrando un gran atrevimiento, que fue temeridad en su vertiente de crítico literario.

Cuando en 1851 Castro publicó la *Historia de los protestantes* se encontraba en el momento crucial de su trayectoria intelectual. Intentando posicionarse en Madrid, se jugaba conseguir cargos y reconocimiento, o bien el ser arrastrado por el escándalo. Desde la primavera de ese mismo año estaba sumergido un crispado debate, largamente incubado, con Bartolomé José Gallardo a propósito de la edición que había hecho en 1848 de *El Buscapié de Cervantes con notas históricas y críticas*.<sup>8</sup> Se trataba de una supuesta obra inédita de Cervantes en la que éste explicaba las claves del primer tomo del Quijote procurando llamar la atención a sus contemporáneos. Castro había encontrado la obra, eso decía, y se había limitado a añadir las notas para su publicación. Cuando apareció esta obra Castro contaba, según él mismo, con *veinticuatro años* y consiguió una formidable repercusión nacional e internacional. En dos años se publicaron cuatro ediciones en castellano, una de ellas en París, habiéndose traducido al francés, inglés, italiano, portugués y alemán, con varias ediciones en las dos primeras lenguas.<sup>9</sup> Seguramente, el éxito editorial más fulgurante y universal de una obra española en este siglo. En este contexto Castro dio el salto desde Cádiz hasta Madrid en 1850, siguiendo el consejo de algunos de sus amigos, Cánovas del Castillo o Gayangos,<sup>10</sup> con ello continuaba el periplo de tantos otros intelectuales de «provincias» con expectativas. No es extraño que en este contexto escribiese su obra de historia de mayor aliento.

Desde el primer momento, algunos eruditos e historiadores mostrarán dudas sobre la autenticidad de *El Buscapié* y en 1849 Ticknor, en su *Historia de la literatura española*, denunció la obra como una superchería. Desde el principio Bartolomé José Gallardo consideró un montaje *El Buscapié*, por mucho que Castro le hubiese dedicado la obra, y escribió a sus amigos comunicándoles sus sospechas. Siguiendo las cartas que dirigió a sus amigos en 1848, nada más publicarse la obra, parte de las cuales publicó en 1851 como parte de su polémica con Castro en *Zapato a Zapatilla y su falso Buscapié. Un puntillazo*,<sup>11</sup> se evidencia la intensa campaña que Gallardo montó contra Castro. Según propia confesión, Gallardo había conocido a Castro en Cádiz en 1844 «barbibraso», y en 1851, inmediatamente antes de que se desatase la polémica pública, se lo volvió a encontrar en la corte «muy barbi-fosco».<sup>12</sup> Para entonces le había llegado a Castro el eco de la intensa correspondencia que había mantenido criticando su obra.

<sup>8</sup> Cádiz, Imprenta, librería y litografía de la Revista Médica, 1848.

<sup>9</sup> VALLEJO MÁRQUEZ, Y., *Adolfo de Castro, op. cit.*, p. 89.

<sup>10</sup> RAVINA MARTÍN, M., *Bibliófilo y erudito, op. cit.*, pp. 63 y ss.

<sup>11</sup> GALLARDO, B. J., *Zapato a Zapatilla y a su falso Buscapié un puntillazo*, Madrid, Imprenta de la Viuda de Burgos, 1851.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 72.

Efectivamente, Gallardo había escrito un buen número de cartas con la evidente intención de crear opinión sin que le importase que le llegase la noticia a Castro.

Algunas de estas cartas fueron dirigidas a personas importantes en la «República de las Letras», algunas de ellas de las academias de la Lengua y de la Historia. Así por ejemplo, escribiendo a Tomás Muñoz, oficial de la biblioteca de la Academia de la Historia, afirma que *El Buscapié* es «hechura» de Castro y «el tal Adolfo es un pilluelo (literario), petulante, parlanchín, retozista jirondo, sin estudios y, sobre todo, sin moralidad literaria. En suma es un Lupián Zapata en miniatura».<sup>13</sup> En la carta a Domingo del Monte denomina a Castro «mequetrefe».<sup>14</sup> A Gayangos, el principal valedor del gaditano en la capital, le escribió una carta que es todo un emplazamiento, «¿Qué me dice Ud. del tan cacareado Buscapié de su amigote insigne D. Adolfo? De este hecho me parece que esa mi Academia de las Historias no cumplirá con menos, que hacerle levantar, en conserva de su dulce memoria, una estatua de mazapán toledano, y plantarla en la plazuela del Congreso, par con par de la de Miguelillo Cervantes, a quien tan magistralmente enmienda la plana en sus oportunísimas notas».<sup>15</sup> Poco después, escribe a Tomás Sancha, académico de la Historia, dándole cuenta también de su parecer sobre *El Buscapié* y señalando que Gayangos no ha respondido su carta.<sup>16</sup> Sin duda, la intensa correspondencia de Gallardo, en la que destilaba una vitriólica mordacidad contra Castro, bien dirigida como estaba, tuvo que tener efectos devastadores que limitaron la aceptación de *El Buscapié* en España. En el extranjero habrá que esperar a los comentarios de Ticknor en 1849 para que comenzasen a tomar forma los reparos iniciales.

Cuando en la primavera de 1851 Castro salió a la palestra intentando cortar con el recelo y quitar autoridad a Gallardo, el tono y los recursos que empleó fueron muy satíricos, provocando la respuesta del ofendido. Su desenvoltura y virulencia al defender la veracidad de la obra, le dieron una imagen de atrabiliario que pronto dio paso a otra bastante peor. El creciente escándalo en torno a *El Buscapié*, multiplicado por su descaro a la hora de defenderlo, se volvió contra su protagonista y otros autores comenzaron a defender a Gallardo y a denunciar a Castro.<sup>17</sup>

Los afanes de notoriedad de Castro, sus montajes y su desenfado a la hora de tratar temas considerados centrales en la historia nacional, acarrearón a Castro una fuerte animadversión entre amplios sectores de la intelectualidad que salió a la luz en la polémica de 1851. La respuesta de Gallardo se dirigía a defenderse de las acusaciones de Castro y a criticar su obra literaria, pero aún así escribió algunas frases cargadas de

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 59.

<sup>14</sup> *Ibid.*, pp. 62-63.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 61.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 65.

<sup>17</sup> BARRERA, C. A., *El Cahetero del Buscapié*, Santander, Viuda de Alvira y Díez, 1916; VALLEJO MÁRQUEZ, Y., *Adolfo de Castro, op. cit.*, pp. 88-92; RAVINA MARTÍN, M., *Bibliófilo y erudito, op. cit.*, pp. 33-47.

significado sobre la faceta de historiador del autor gaditano. «Y a fe que tal cuento, para servir a Uds, pica en historia, o es cuento Historial, que también hay Cuentos Historiales, como hay Novelas Históricas, aunque muchas de las llamadas tales no sean ni Novelas, ni Históricas; o solo tengan lo peor de lo uno y de lo otro. Pero ese cuento que yo cuento, es cuento verdadero, que vale tanto como decir que es una verdad histórica». <sup>18</sup> No obstante, no era el momento para hablar de historia «ya saldrá a relucir otro día. Todo se andará: lo que no vaya en esta barca, irá en la que se fleta». <sup>19</sup> En efecto, la polémica de 1851 no se circunscribió sólo a lo que rodeaba a *El Buscapié*, aunque este fuera su centro. Lo que se cuestionaba era el conjunto de la obra de Castro, su significado, dedicando una singular atención a sus libros de historia como el otro gran aspecto a criticar en próximos debates.

Aupado en la notoriedad, Adolfo de Castro, cuando llegó a Madrid, creo que intentó traducir este renombre en cargos académicos y administrativos en la capital, que le proporcionasen estabilidad económica y reconocimiento. En 1850 Ferrer del Río había presentado como discurso de ingreso en esta Academia su libro sobre las Comunidades de Castilla, <sup>20</sup> una de las obras de referencia de la historiografía española en la segunda mitad del siglo XIX. En esos años, por ejemplo, José Amador de los Ríos había conseguido una cátedra en la Universidad Central y un sillón del número en la Real Academia de la Historia por sus *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los judíos en España*. <sup>21</sup> En estos años centrales del siglo se estaban tratando los temas centrales para la construcción de la imagen del pasado y, si quienes lo hacían tenían una cierta proximidad con las nuevas corrientes historiográficas europeas, solían acceder a la Real Academia de la Historia. No se debe olvidar que para obtener un sillón en la Academia era necesario residir en Madrid. La Real Academia de la Historia era entonces una institución muy próxima a la Monarquía. <sup>22</sup> Autores como José Amador de los Ríos, Modesto Lafuente, Ferrer del Río o Cabanilles, muy ligado este último al pensamiento de Balmes, estaban configurando, cada cual con su enfoque, las líneas maestras para la comprensión del pasado de España.

En mi opinión, Castro, residiendo durante largas temporadas en la Corte, con su *Historia de los protestantes*, seguramente pretendió también dar pasos para su ingreso en la Academia de la Historia, acercarse a alguna cátedra universitaria u obtener algún

<sup>18</sup> *Zapato a Zapatilla*, op. cit., p. 12.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 32.

<sup>20</sup> *Decadencia de España. Primera parte. Historia del levantamiento de las Comunidades 1520-1521*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Mellado, 1850. Sobre esta obra *vid.* mi trabajo «Comunidades, ciudades y conflicto social en la historiografía del ochocientos. Entre la revolución y la decadencia», en BRAVO LOZANO, J., *Espacios de poder: Cortes, ciudades y villas (S. XVI-XVIII)*, Alicante 2000, vol. II, pp. 499-542.

<sup>21</sup> Madrid 1848. El propio autor en el prólogo explica los honores y cargos que le reportó el libro.

<sup>22</sup> PELLISTRANDI, B., *Un discours nationale? La Real Academia de la Historia entre science et politique (1847-1897)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2004.

puesto administrativo ligado a los archivos, bibliotecas o museos. El Estado liberal estaba en pleno proceso de configuración en estos tiempos, creando una burocracia. Siguiendo las nuevas orientaciones historiográficas, Castro delimitó un hecho histórico que convirtió en centro de la historia patria, más importante que las Comunidades en su opinión, en torno a Felipe II y la represión de los núcleos protestantes de Sevilla y Valladolid, escribiendo su libro de historia más elaborado. Un año después, en 1852, publicó lo que pretendía ser la proyección de sus conclusiones de la *Historia de los protestantes*, en forma de pequeño libro, *Examen filosófico sobre las principales causas de la decadencia de España*,<sup>23</sup> que por su formato bien podría haber servido de discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia. Tenía entonces veintiocho años y a sus espaldas ya contaba con una dilatada trayectoria en publicaciones literarias, históricas, además de las de crítica literaria.

Creo que Castro intentó aproximarse en estos años a la Academia de la Historia con más énfasis que a la de la lengua. Entonces aquella estaba en pleno proceso de renovación en todos los órdenes en paralelo al nuevo papel que empezaba a desempeñar en el Estado liberal y seguramente sería más fácil encontrar un hueco que en la de la lengua, más consolidada y en donde tenían que hacer mella las dudas que generaba *El Buscapié*. Efectivamente, es posible que esta obra fuese el fraude más resonante del siglo XIX en torno a la literatura y con él Castro logró un «reconocimiento» que le persiguió y fue utilizado por sus contrincantes en las abundantes polémicas que sostuvo hasta su muerte en 1898. Fue nombrado correspondiente de la Real Academia de la Historia en 1852 gracias al apoyo de Gayangos, algo que seguramente hubiese logrado sin moverse de Cádiz en atención a su obra anterior, pero no obtuvo más. Años después, a principios de 1871, también fue nombrado correspondiente en la Academia de la Lengua,<sup>24</sup> quizá con ello pretendiese borrar las huellas del escándalo de *Él Buscapié*. En cualquier caso, unos reconocimientos bien escasos para quien había escrito tanto y había aspirado a bastante más.

### **Castro y la historiografía liberal. La preocupación por Felipe II.**

En la década de los años cuarenta y los primeros cincuenta los autores españoles de las más diversas orientaciones que escribían de historia, comenzaron a acercarse al mundo de los grupos que habían sido perseguidos por su herejía. Judíos, protestantes o moriscos, aparecían como parte del pasado nacional tras siglos de silencio. ¿Cuál era el lugar de estos grupos perseguidos en el pasado nacional? Conocerlo tenía las más

<sup>23</sup> Cádiz, Imprenta de D. Francisco Pantoja, 1852.

<sup>24</sup> RAVINA MARTÍN, M., *Bibliófilo y erudito*, op. cit., pp. 72 y 88-89.

profundas implicaciones para definir la identidad de los españoles. Se estaban adentrando así en la zona más oscura de la historia de la patria, la más difícil de integrar en su visión liberal y heroica de lo hecho por los españoles. Con ello estaban situando en el primer plano a la Inquisición, abolida pocos años antes, las razones de su establecimiento, los efectos de su actuación y definir cuál había sido el papel de la Monarquía en su trayectoria, especialmente durante los reinados de los Reyes Católicos y de Felipe II. Ambas coyunturas parecían las más decisivas en la trayectoria del Tribunal y en la historia de España. No es sorprendente que, desde los orígenes de la historiografía liberal, la polémica sobre la grandeza y la decadencia nacional se situase en torno a estos reyes y su papel en las sucesivas persecuciones del Santo Oficio.

El gran campo del fanatismo y la acción inquisitorial resultaba de gran importancia para la historiografía liberal y Castro hizo todos los esfuerzos por apropiarse de este espacio, creando fuertes tensiones con otros autores. En 1847 Castro dio a la estampa su *Historia de los judíos en España desde los tiempos de su establecimiento hasta principios del presente siglo*.<sup>25</sup> Un año después José Amador de los Ríos publicaba sus *Estudios históricos, políticos y literarios de los judíos en España*<sup>26</sup> y en la advertencia al lector con la que empezaba su obra la dedicó a decir algunas cosas sobre la originalidad del libro del autor gaditano, al que calificó de «joven literato». Su interés era dejar claro que él no había «tomado idea» del autor gaditano, porque él desde 1845 llevaba publicando en la *Revista del Español* una serie de artículos en los que ya desarrolló aspectos de la historia de los judíos en España hasta el punto que fueron traducidos «en caracteres rabínicos» y publicados en Constantinopla. «Lejos de ser yo quien ha tomado la idea del Sr. Castro, pudiera muy bien decirse que tuvo él presente mis artículos al formar el proyecto de su obra». No obstante, reconoce que el «plan de sus estudios» es distinto del presentado por Castro, de forma que «objeto, plan, orden y hasta opiniones sobre los principales hechos históricos, todo es diverso. Así, bien puede decirse que la publicación del Sr. Castro no carece de originalidad». Efectivamente, tal y como analicé en su día, ambos libros son muy distintos en su factura e interpretación. Aquí se perciben las diferencias de método de trabajo de quien se va a convertir en uno de los autores y académicos de referencia en aquellos años y Castro, siempre dominado por la prisa y el sensacionalismo. Sin duda, desde 1847 hasta la publicación de la *Historia de los protestantes*, Castro intentó convertirse en el historiador de referencia de los grupos perseguidos por el Santo Oficio, aquel que interpretaba lo que su persecución significó

<sup>25</sup> Cádiz, Imprenta, Librería y Litografía de la Revista Médica, 1847.

<sup>26</sup> Madrid 1848, *vid.* mi trabajo «Judíos fanatismo y decadencia. J. Amador de los Ríos y la interpretación de la Historia Nacional en 1848», *Manuscrits*, 17 (1999), pp. 69-95; GONZALO MAESO, D., «Don José Amador de los Ríos, Historiador de los judíos en España y Portugal (1818-1878)», *Boletín de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*, n. 94, Julio-Diciembre 1978, pp. 5-27.

para la historia de España, pero la escasa consistencia de su *Historia de los judíos*, por ejemplo, provocó que el libro fuese olvidado rápidamente en España y por la historiografía europea más seria, que, sin embargo, sí reconoció al de J. A. de los Ríos. Debe entenderse en este panorama la publicación de la *Historia de los protestantes* en 1851, el gran intento de Castro de alcanzar la hegemonía como historiador en el tratamiento de la Inquisición y sus víctimas.

En 1847 Castro, a través de su *Historia de los judíos*, había formulado una interpretación del pasado nacional en el que la persecución y expulsión de los judíos había sido el centro de la historia nacional y los Reyes Católicos el cenit de la historia nacional y el comienzo de la decadencia. Su obra tuvo un impacto bastante limitado frente a las obras de Prescott sobre los Reyes Católicos<sup>27</sup> o los *Estudios históricos, políticos y literarios de los judíos* de José Amador de los Ríos, en los que claramente se defendía la obra de conjunto de los Reyes Católicos como fundadores de la nación. De hecho, en la historiografía liberal fue constante la comparación laudatoria entre Isabel II e Isabel la Católica.<sup>28</sup> Es evidente que Castro no marcó la pauta con su *Historia de los judíos* y de ello dejó plena constancia en su *Historia de los protestantes* cambiando la centralidad histórica al reinado de Felipe II con el que, en cambio, los historiadores liberales se mostraban bastante menos complacientes.

En cada uno de sus libros Castro parece haber tocado un aspecto especialmente candente, convirtiéndole en el eje de la historia nacional. Así, si la persecución y expulsión de los judíos es el principal motivo que arrastra a España al declive en su *Historia de los judíos*, este papel corresponde a los protestantes en la obra dedicada a este grupo; en cambio, ambos argumentos tienen un peso relativo en su libro sobre la decadencia. Es evidente que el autor no pretendió utilizar cada uno de sus libros como piezas para construir una visión uniforme y de conjunto del pasado nacional, más bien parece que pretendió el éxito en cada obra particular dejándose llevar por las posibilidades narrativas de cada uno de los argumentos, como si de novelas se tratase. Planteadas así las cosas, el conjunto puede resultar historiográficamente contradictorio, pero no en la perspectiva con la que trabajaba el autor.

A mediados del ochocientos el Rey Prudente se había convertido en el rey español por antonomasia, en el símbolo de lo español. Desde su mismo reinado, una dilatada leyenda se había ido tejiendo en torno a este rey y la historiografía liberal europea estaba reinterpretando con toda celeridad su figura. En estas fechas Felipe II, siempre ligado a la actuación del Santo Oficio, ya era el principal referente de lo más negro y siniestro de la historia española. En torno a él comenzaban a librarse los debates más

<sup>27</sup> *Historia de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 2004. Edición facsímil de la edición de 1845, con un Prefacio de M. I. del Val Valdivieso.

<sup>28</sup> CIRUJANO MARÍN, P. *et alii*, *Historiografía y nacionalismo*, pp. 112 y ss.

encontrados sobre los motivos por los que España, habiendo sido la «nación» más grande de Europa a comienzos del siglo XVI, a finales de este siglo se encontraba sumergida en la decadencia.<sup>29</sup> Los aspectos religiosos eran centrales en este debate y en él los más belicosos eran los integristas por un lado y los exaltados por el otro. Eran tiempos en que afrontar determinados temas, prohibidos hasta la muerte de Fernando VII, implicaba meterse en terrenos escabrosos no exentos de riesgos. La Inquisición había sido abolida en 1834, pero la España de Isabel II seguía siendo un estado confesional en el que la omnipresente Iglesia seguía teniendo un peso decisivo, a pesar de la desamortización.

En sus obras históricas de entonces, Castro supo combinar el arrojo con el don de la oportunidad. Con su análisis de la persecución de los protestantes por Felipe II, estaba escribiendo un libro que toca un argumento casi virgen<sup>30</sup> en España. Ya había intentado el éxito con su *Historia de los judíos*, pero ahora, más conocido y con más manejo del ambiente, pretendió llegar hasta el final con su libro sobre los protestantes desde su perspectiva radical. Se publicaba en la coyuntura adecuada y Castro para esta tarea parecía bien dispuesto, el mejor colocado y, seguramente, el más cualificado de entre los historiadores que escribían criticando el influjo de la Inquisición y la represión religiosa.

Un año antes de la publicación de la *Historia de los protestantes*, Modesto Lafuente comenzó la publicación de su *Historia General de España*, que continuó hasta su muerte en 1866 sin lograr tratar su propio presente histórico, como era su intención.<sup>31</sup> Con esta obra Lafuente se convirtió en el verdadero Maestro de la Historia Nacional al que seguían el grueso de los historiadores no vinculados a la Real Academia de la Historia durante la segunda mitad del siglo XIX.<sup>32</sup> La *Historia General de España* pasó a ser el canon escolástico de la historia nacional al que el grueso de los historiadores liberales resumían o glosaban con el mayor de los respetos, intentando enriquecerlo con algún dato o idea. Sin duda, la construcción de la memoria histórica nacional en el ochocientos está muy vinculada a la obra de Modesto Lafuente. No obstante, cuando Castro escribió su *Historia de los protestantes*, Lafuente apenas había publicado los tomos dedicados a los tiempos «primitivos» y los mejores historiadores liberales

<sup>29</sup> GARCÍA CÁRCEL, R., *La leyenda negra. Historia y opinión*, Madrid, Alianza Editorial, 1992; PASAMAR ALZURÍA, G., «La configuración de la imagen de la "Decadencia española" en los siglos XIX y XX (de la historia filosófica a la historiografía profesional)», *Manuscrits*, 11 (1993), pp. 183-214.

<sup>30</sup> Por ejemplo, no se trata de la persecución de los protestantes en una obra tan crítica con el pasado nacional y con el reinado de Felipe II, como es la que publicó en 1826 SEMPERE Y GUARINOS, J., *Consideraciones sobre las causas de la grandeza y de la decadencia de la Monarquía española*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1998.

<sup>31</sup> PÉREZ GARZÓN, J. S., «Modesto Lafuente, Artífice de la historia de España», en LAFUENTE, M., *Discurso preliminar. Historia General de España*, Pamplona, Ugoiti Editores, 2003, pp. IX-XCVII.

<sup>32</sup> LÓPEZ-VELA, R., «De Numancia a Zaragoza. La construcción del pasado nacional en las historias del ochocientos», en GARCÍA CÁRCEL, R. (coord.), *La construcción de las historias de España*, Madrid, Marcial Pons, 2004, pp. 195 y ss.

estaban, igualmente, comenzando a sacar sus obras. En estos años, no estaba en el horizonte intelectual de Castro contestar a los que empezaban a acceder a la Academia de la Historia, sino convertirse en el campeón del liberalismo invirtiendo cuanto había dicho Balmes sobre los protestantes y Felipe II.

En 1851 las únicas historias de España de cierta solvencia, además de la de Mariana, eran las de algunos autores «extranjeros» que, a pesar de sus contribuciones, «no entendían» las motivaciones profundas de los españoles, no siendo capaces, evidentemente, de comprender adecuadamente la historia nacional. Así, una de las motivaciones invocadas por Lafuente o Cabanilles para escribir sus historias de España fue precisamente la necesidad de que los españoles explicasen la actuación de sus antepasados. Según ellos, solo los españoles podían «entender» las razones profundas que habían movido a sus antecesores a tomar las decisiones más difíciles, cuya explicación sólo resultaba aprehensible para un historiador español, consciente del supremo interés nacional que empujó a sus antepasados a adoptar medidas que a veces chocaban con sus deseos. Como si de un código genético se tratase, la identidad nacional era el protagonista de la trayectoria histórica de un pueblo y sólo podía ser entendida y explicada por un historiador nacido y formado con esa misma idiosincrasia nacional.

En su *Historia de los protestantes españoles*, así como en el resto de las obras de historia que publicó durante estos años, Castro no citó ninguna de las historias de España a excepción de Mariana, el clásico inevitable, ignorando las que ya se habían traducido de autores extranjeros. Como otros autores liberales muy ligados a un territorio, dedicados al periodismo político y literario, situados a caballo entre la redacción de obras históricas, de ficción y crítica literaria, Castro no escribió ninguna historia de España, pero sí de las ciudades más importantes de su provincia. En 1845 publicó en la misma casa editorial en que sacó sus grandes obras históricas, *Historia de la muy noble, muy leal y muy heroica ciudad de Cádiz*<sup>33</sup>, y pocos meses después, *Historia de la muy noble y muy ilustre ciudad de Xerez de la Frontera*<sup>34</sup>. Eran obras que partían de una visión de la historia patria, aunque se ocupasen de una parte muy concreta de su territorio. Castro compartía las preocupaciones políticas e históricas de los autores liberales de la época, pero estaba lejos de las nuevas tendencias historiográficas en su esfuerzo por dar una interpretación global de la historia de cada una de las naciones.<sup>35</sup> No es casual que en buena parte de las historias nacionales que se escribieron por aquella fecha llevasen como título *Historia General de España*, como reza el título de la de Modesto Lafuente, u otros títulos semejantes. Es cierto que lo local también estuvo presente en el proceso de formación de la historiografía liberal, pero no es su línea más

<sup>33</sup> Cádiz, Imprenta, Librería y Litografía de la Revista Médica, 1845.

<sup>34</sup> Cádiz, Imprenta, Librería y Litografía de la Revista Médica, 1845.

<sup>35</sup> PÉREZ GARZÓN, J. S., «Modesto Lafuente», *op. cit.*, pp. LVIII y ss.

importante, quedando relegada a eruditos y políticos locales normalmente distantes de las dinámicas que se orientaban a la profesionalización de los historiadores.<sup>36</sup>

Sin escribir una historia de conjunto sobre la nación, Castro intentó ofrecer en sus obras de historia de este período una visión, no siempre homogénea, que abarcaba lo que en la época constituían aspectos centrales para la comprensión del pasado nacional. En 1846 había publicado *El Conde-Duque de Olivares y el rey Felipe IV*<sup>37</sup> y, tras esta obra, el común denominador de los libros de historia que sacó hasta 1852 fue su preocupación por resaltar la importancia que había tenido la forma de entender el catolicismo fanático del pueblo español y gran parte de sus reyes, que había supuesto la destrucción de las minorías religiosas e intelectuales. Esto es lo que había hecho peculiar la historia de la nación. Tanto en su *Historia de los judíos en España*, publicada en 1847, como en la *Historia de los protestantes españoles* de 1851, o bien en el libro que publicó al año siguiente, *Examen filosófico sobre las principales causas de la decadencia*, hay un claro empeño por ofrecer una explicación general o al menos generalizable sobre el conjunto de la historia nacional.

### Castro y la crítica a Balmes.

Hace años M. Moreno Alonso decía respecto a Castro, «su visión liberal de nuestra historia le llevó a interpretar esta desde un punto de vista anticatólico»,<sup>38</sup> y no es el único que ha tenido esta opinión. En sus años de juventud, Castro no fue precisamente un autor vinculado a las corrientes próximas a la Iglesia, más bien sus formulaciones se dirigían contra el catolicismo fanático, rozando la diatriba contra lo que había significado esta confesión en el pasado nacional. Fueron años en los que Castro se consideraba un «liberal exaltado», posición de la que renegaría años después volviendo a un catolicismo bien tradicional.

Castro, al igual que los mejores historiadores liberales, era consciente de la importancia del conocimiento y la divulgación de la historia para asentar el nuevo orden político. Para Castro era de suma importancia crear una memoria histórica crítica con lo que para él era la nefasta trayectoria de España. Por esta razón publicó sus libros de historia adentrándose en los temas y períodos clave y en ellos siempre el Santo Oficio

<sup>36</sup> PEIRÓ MARTÍN, I y PASAMAR ALZURÍA, G., *La escuela superior de diplomática (Los archiveros en la historiografía española contemporánea)*, Madrid, ANABAD, 1996; PEIRÓ MARTÍN, I., «El cultivo de la historia: las primeras historias municipales del Bajo Aragón», en RUJULA, P. (ed.), *Aceite, Carlismo y Conservadurismo político. El Bajo Aragón durante el siglo XIX*, Al-Qannis. Taller de Arqueología de Alcañiz, 5, 1995, pp. 145-162.

<sup>37</sup> Cádiz, Imprenta, Librería y Litografía de la Revista Médica, 1846.

<sup>38</sup> *Historiografía romántica española. Introducción de la historia en el siglo XIX*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1979, p. 528.

jugaba un papel central. Para él, como para la mayoría de los liberales, este había sido uno de los elementos definitorios, sino el definitivo, del sesgo particular de la historia de España. Mientras otros autores liberales integraban esto dentro de un conjunto amplio presidido por las glorias nacionales, Castro basculó el eje de la historia nacional hacia los perseguidos por la Inquisición y las consecuencias de su aniquilamiento para España. No exageraba cuando afirmaba que él escribía de «bárbaras acciones, de crueles tormentos y castigos». Para él, las claves para entender su presente se encontraban en la eliminación por motivos religiosos de los grupos más dinámicos y «sabios» que había tenido el país en su historia, cuya persecución se había prolongado hasta pocos años antes. El pasado, Felipe II y los protestantes, parecen un cercano ayer.

La apologética en defensa de la fe no había permitido un tratamiento objetivo de estos asuntos y la censura inquisitorial había funcionado con notable eficacia durante el largo período de vida de la institución. Ni la mayor entrada de libros en la segunda mitad del siglo XVIII, ni la publicación del panfletismo, ni la amplia repercusión del debate sobre la Inquisición en las Cortes de Cádiz, ni la publicación de las obras de Puigblanch y Llorente<sup>39</sup> lograron modificar sustancialmente esta situación. Así las cosas, el planteamiento que formuló Balmes en su *Protestantismo comparado con el catolicismo*, dando gran importancia a los núcleos de Valladolid y Sevilla, suponía una verdadera reformulación «filosófica» de la validez y las razones de la supremacía del catolicismo como elemento vertebrador de la civilización europea y española en particular. Una obra esencial en el rearme ideológico de las corrientes más conservadoras.

Seguramente, Balmes fue el primer autor español que, tras la muerte de Fernando VII, analizó el reinado de Felipe II a la luz de su lucha contra la herejía interna dando el mayor relieve a los núcleos protestantes. Se adelantaba así al debate que apenas se vislumbraba todavía en el horizonte español. Su intención prioritaria era responder a Guizot demostrando que el protestantismo no había sido la vía a través de la cual la humanidad había conseguido alcanzar mayores cuotas de progreso. Los libros de este gozaron de gran influjo en Europa y rebatirle fue un empeño de distintos autores católicos, entre los que cabe resaltar la obra de Balmes, una de las más consistentes de cuantas se escribieron al respecto.<sup>40</sup> El mantenimiento de paz en España, según él, había exigido la represión sobre los núcleos luteranos y el procesamiento de Carranza, al que retrataba como imprudente más que como hereje.<sup>41</sup> Para llegar a semejantes conclusiones no realizó una investigación contrastando crónicas u otras fuentes, él había hecho

<sup>39</sup> LÓPEZ-VELA, R., «Historiografía inquisitorial, catolicismo y España. Análisis de una trayectoria historiográfica», en PÉREZ VILLANUEVA, J. y ESCANDELL BONET, B., *Historia de la Inquisición en España y América*, vol. III, pp. 83 y ss.

<sup>40</sup> FRADERA, J. M., *Jaime Balmes*, op. cit., pp. 99 y ss.

<sup>41</sup> *El protestantismo comparado*, op. cit., pp. 362 y ss.

una interpretación «filosófica» de evidentes implicaciones políticas y religiosas, recogiendo la información y los debates que se daban en su presente.

Cuando escribió su *Historia de los judíos*, Castro no parece que hubiese tomado conciencia de la importancia de la obra de Balmes, pero sí en la publicación de su *Historia de los protestantes*, en la que, refiriéndose al autor catalán, afirma que «era de superior ingenio y doctrina; pero conocía muy poco a los hombres». Por esta razón, «el presbítero Jaime Balmes» había malinterpretado algunas decisiones de Felipe II y de ello «dedujo que este rey no fue un tirano». <sup>42</sup> Esta es una afirmación que Castro hace en una nota a pie de página, aparentemente sin mayor alcance, aunque es una de las escasas referencias a algún autor contemporáneo. Sin embargo, había leído con bastante atención *El protestantismo comparado con el catolicismo*, recogiendo gran parte de los problemas a los que luego daría respuesta en su *Historia de los protestantes*.

Castro entendía que «para juzgar bien acerca de las vidas de los reyes, deben sin duda alguna los historiadores trasladar su ánimo al siglo en que aquellas pasaron, averiguar las causas de la prosperidad o decadencia de las naciones, y el modo con que discurrían en las materias políticas y religiosas los vasallos que gimieron bajo el yugo de los monarcas». <sup>43</sup> Efectivamente, analizó lo ocurrido con los núcleos luteranos o con Carranza para hablar del rey y, a través de su acerba crítica a su personalidad y sus decisiones, ofrecer un modelo de los principios liberales que deben guiar a un gobernante. Contestaba así a Balmes y a su reformulación de la clásica propuesta para el buen gobierno del príncipe católico, al tiempo que ofrecía una panorámica renovada de la leyenda negra sobre este rey.

Castro gozó durante estos años centrales del siglo de un gran reconocimiento en el extranjero, siendo sus obras históricas, además de *El Buscapié*, las más traducidas y a través de las que consiguió una influencia mayor. Su *Historia de los protestantes españoles*, tuvo la rara fortuna de tener ediciones en inglés, alemán y holandés. Sin duda, su éxito fue mayor en el extranjero que en España. Pocas obras históricas de autor español, si es que hubo alguna, incluyendo a las de los historiadores más conocidos y vinculados a la Real Academia, tuvieron semejante éxito editorial en el ochocientos. Los autores u obras que gozaron del mayor reconocimiento académico en España, no sólo no fueron traducidos, tampoco fueron citados en muchos casos por autores extranjeros. Castro, en cambio, se convirtió en el punto de referencia obligado en la segunda mitad del ochocientos para cualquier autor extranjero o español al tratar la represión de los protestantes españoles durante el reinado de Felipe II. No se debe olvidar que, precisamente porque Castro fue tan traducido, influyó entre los numerosos autores

<sup>42</sup> *Historia de los protestantes*, op. cit., p. 392.

<sup>43</sup> *Historia de los protestantes*, op. cit., p. 145.

extranjeros que escribieron sobre España, muchos de ellos traducidos a su vez al castellano. Sea por sus ediciones en su lengua vernácula o por la vía indirecta de quienes se alimentaron de su trabajo y luego fueron traducidos, la obra de Castro fue bastante más influyente de cuanto se ha pensado.

### **La *Historia de los protestantes* y la historiografía.**

Según dice Castro en la dedicatoria, el escribir una obra sobre los protestantes constituía un anhelo desde sus primeros años de juventud, siendo un asunto «nuevo en nuestra literatura». Reconoce que se había publicado en 1829 una obra en Edimburgo sobre este aspecto a cargo de Mac Crie, «pero casi todo está fundada en lo poco que acerca de los luteranos en España dijeron Pellicer» y Llorente. En cambio, él ha buscado «para formar este libro materiales desconocidos por el erudito escocés y que paran en las bibliotecas públicas y de particulares en España», asegurando que su obra no tenía nada que ver con la de Mac Crie ni en su información ni en las valoraciones. Efectivamente, las fuentes que utilizó son bastante más abundantes y ofrecía una interpretación de conjunto más compleja.

Según las propias declaraciones del autor en su dedicatoria, la obra publicada en 1851 fue el fruto de un trabajo iniciado años antes y cuya primera versión concluyó en 1847 con una obra titulada *Historia de los protestantes en España en los reinados de Carlos V y Felipe II*, que no entregó a la imprenta. Él mismo afirma que «terminé mi trabajo con descontento, pues deseaba yo adquirir aun más materiales y dar mayor perfección al lenguaje y al estilo como a los juicios», iniciando por ello nuevas investigaciones. Por eso escribió el libro que se publicó en 1851 «sin tener presente la que acabé en 1847», la primera obra «fue hija tan solo de mi deseo y esta (el libro que publicó en 1851) es de mi deseo y conocimiento». De creer en sus palabras hay un notable proceso de maduración entre ambos manuscritos que les diferencia substancialmente. Una afirmación que, aunque nos es desconocido el primer manuscrito,<sup>44</sup> parece relativamente cierta.

Hay bastante coherencia en la ordenación de los abundantes materiales y, sin embargo, en su conjunto la obra resulta bastante desordenada. La unidad de la obra no está en la información y su análisis, sino en las constantes valoraciones ideológicas que intercala el autor, reiterando una y otra vez los mismos juicios, o bien aprovechando cualquier decisión de Felipe II para compararle con algún emperador romano. Es en el análisis de sus valoraciones en donde mejor se perciben dos momentos en la redacción del libro y lo poco cuidado de la versión final a la que no dedicó el tiempo suficiente

<sup>44</sup> VALLEJO MÁRQUEZ, Y., *Adolfo de Castro, op. cit.*, p. 125.

para ensamblar adecuadamente los manuscritos. En los capítulos dedicados a dar cuenta de las biografías de los luteranos de Valladolid y Sevilla, hay abundantes pasajes semejantes a los que se pueden leer en la *Historia de los judíos*, publicada en 1847, junto a otros que parecen escritos posteriormente.

En algunos pasajes de las partes presumiblemente redactadas en 1847 habla algo de los judíos y de los Reyes Católicos, condenando la intolerancia y con un planteamiento de sensibilidad más romántica. Los capítulos redactados con posterioridad, en cambio, están centrados en la primera mitad del siglo XVI, en Felipe II contrastándolo con el de los emperadores romanos o bien construyendo una interpretación de la historia europea en función del cristianismo y su relación con el desarrollo del poder. Sin duda, son estos capítulos en los que mejor se aprecia el intento de concretar una alternativa a Balmes. Creo que este esfuerzo de rebatir a Balmes es el que da sentido a la redacción de 1851 respecto a la de 1847 que era menos ambiciosa en su intención. Con todo, la combinación de ambas redacciones mejoró el resultado y contribuyó a que fuese su mejor obra histórica.

Frente al «ingenuo» Balmes, Castro se presenta al lector como un buen conocedor de los hombres, de las entretelas de su comportamiento moral y, por supuesto, mejor historiador y más capaz de llegar al conocimiento de la verdad. Los historiadores de la época tenían como máximo objetivo la imparcialidad y la búsqueda de la verdad, siendo esta su carta de presentación con independencia de su adscripción ideológica o metodológica.<sup>45</sup> Cualquiera de cuantas obras de historia se escribieron en estos años está llena de apelaciones en este sentido. Según ellos mismos entendían, esto era lo que les hacía distintos y superiores a quienes les habían precedido en el esfuerzo de escribir sobre el pasado. De entre aquellos, pocos fueron tan subjetivos y, sin embargo, tan machacones como Castro en repetir estas ideas con intención de convertirlas en su bandera, en su seña distintiva en el universo de historiadores pasados y presentes.

Mientras los historiadores más cercanos a las nuevas corrientes historiográficas<sup>46</sup> acudían a otras ciencias auxiliares, como la geografía o la diplomática para llegar mejor que sus antecesores a la verdad, Castro tan sólo se refirió a la filología, señalando que los mejores de quienes habían defendido posiciones distintas a las suyas eran unos ignorantes que no habían sabido traducir o leer los documentos. Así, el formidable esfuerzo con el que pretendió cargar Castro para descubrir lo más oculto de la historia española, reposó exclusivamente sobre su formación filológica, su atenta mirada y, sobre todo, su imparcialidad. Es decir, la pasión por la verdad y el rigor moral fueron las grandes bazas con las que se presentó Castro en el mundo historiográfico.

<sup>45</sup> CIRUJANO MARÍN, P. *et alii*, *Historiografía y nacionalismo*, *op. cit.*, p. 28.

<sup>46</sup> MORENO ALONSO, M., *Historiografía romántica*, *op. cit.*, p. 235.

Consciente de la novedad de lo que expone, de la nube de «mentiras» con que ha estado cubierto todo lo relacionado con el protestantismo en España, reclama también del lector espíritu crítico, que no se deje arrastrar por las «apariencias» que casi siempre se derivan de la «malicia, nacen del engaño y se alimentan con la necia credulidad y el poco raciocinio». Quien lea su obra debe saber que «desvalida va por el mundo la verdad, trocadas las noticias y más alto que nunca el ciego orgullo de los mortales», que leen lo que dijeron «hombres que escribieron a bulto, sin escudriñar las verdaderas causas de los sucesos, a semejanza de algunas personas que en las ruinas de las ciudades opulentas ya aniquiladas por el fuego de la guerra, o por la mano del tiempo, solo van a admirar tristes restos de soberbias moles de piedras, los lugares donde las calles y las plazas fueron, y muros gloriosamente defendidos y aun más gloriosamente conquistados». Frente a esta visión nostálgica y cargada de sensibilidad, el historiador, según Castro, necesita hacer profundas excavaciones para encontrar los restos en donde pueda averiguar la verdad de lo ocurrido en las ciencias, las artes, las costumbres, el carácter de los reyes y el valor de los habitantes del país.<sup>47</sup> Toda una declaración de intenciones sobre el rigor histórico. Muy en la línea de la pedagogía con la que trataban los historiadores liberales a su público, el autor intenta facilitar el tránsito de sus lectores desde un conocimiento confundido con las creencias, las pasiones atávicas y la sensiblería del folletín histórico, a un conocimiento cierto de los acontecimientos, adecuando sus sentimientos a la verdad. Consciente del esfuerzo que supone emprender este proceloso viaje, Castro pide al lector la mayor dosis de apertura mental, advirtiendo que sólo quienes logren deshacerse de los prejuicios podrán conocer lo que ocurrió.

A pesar de sus afirmaciones, las coordenadas teóricas de Castro se situaban en el romanticismo literario<sup>48</sup> y desde ellas analizó la historia, no desde los presupuestos metodológicos de la historiografía que comenzaba a difundirse entre los mejores historiadores españoles.<sup>49</sup> Así, por ejemplo, las referencias al paso del tiempo, dimensión esencial para el historiador, suelen ir entre formulaciones de este tipo, «el tiempo que todo consume, que postra los más suntuosos edificios y aun los más elevados montes, para quien no hay ferradas puertas que se mantengan invencibles, cuya ligereza mayor que la del viento, cuya carrera no puede volver atrás, y cuyo rigor no admite compasión, ni dádivas, ni ruegos; trueca en muchas ocasiones los pareceres de los humanos, escondiéndoles entre las nieblas del olvido la luz que ha de llevarlos al puerto

<sup>47</sup> *Historia de los protestantes*, op. cit., pp. 74-75.

<sup>48</sup> ALLISON PEERS, E., *Historia del movimiento romántico español*, 2 vols., Madrid, Gredos, 1967.

<sup>49</sup> BANN, R., *Romanticism and the Rise of History*, Nueva York, 1997; GOOCH, G. P., *Historia e historiadores del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977; PASAMAR ALZURÍA, G., «La invención del método histórico y la historia metódica en el siglo XIX», *Historia Contemporánea*, 11 (1994), pp. 183-213.

de la verdad, al templo de la sabiduría, al alcázar de la gloria». <sup>50</sup>

Los recursos narrativos, que Castro utilizó profusamente, hacen que la lectura del libro resulte reiterativa, practicando un juego de solapamientos de apariencia contradictoria. Son frecuentes los pasajes con frases equívocas o intenciones subrepticias, produciendo al lector la sensación de una obra que tuviese que hacer frente a la censura inquisitorial, combinados, inmediatamente después, con otros que son un verdadero libelo contra Felipe II y el Santo Oficio. Sin duda, una conjunción con la que alimentar la indignación del lector ante las injusticias que leía. Habitualmente, sobre todo en los primeros capítulos, comienza aparentando gran distancia e, incluso, comprensión respecto a los inquisidores o a Felipe II para concluir con una auténtica invectiva contra su intrínseca maldad. Del mismo modo, en numerosas ocasiones advierte al lector de lo poco que se sabe, porque los inquisidores no han querido dejar huella de sus hechos, dejando claro cuál debe ser la responsabilidad del historiador en estas situaciones. «Obligación debe ser del que escribe historias», dice, «no decidir fácilmente en casos dudosos; pero cuando estos tienen tal grandeza que el juicio dentro de un confuso laberinto, por más diligencias que haga no acierta con la salida, aventurarse a los peligros de un parecer errado, bien merecería el nombre de locura: del mismo modo que un marinero que en frágil barquilla osases surcar los turbulentos mares, desde donde nace el sol hasta donde espira.» <sup>51</sup> Para acercarse a aquello sobre lo que el historiador no tiene información, Castro no propone la conjetura, <sup>52</sup> tal y como comenzaban a hacer los mejores historiadores de la época, sino algo tan clásico como la prudencia de la que él, evidentemente, no fue maestro.

Quien leyese la *Historia de los protestantes españoles* y tuviese conocimiento de *El protestantismo comparado con el catolicismo*, captaba las abismales diferencias de formación entre sus autores. Balmes no pretendió en su obra narrar lo que ocurrió en el reinado de Felipe II, Castro sí, al menos algunos aspectos. Por eso llamaría la atención el escaso conocimiento que manifestaba sobre los acontecimientos más conocidos del reinado, o sus escasas referencias a las crónicas, siendo las fuentes más utilizadas por los historiadores en este período. En algunas páginas cita la crónica de Cabrera de Córdoba, la más conocida de todas, pero poco extrajo de ella para elaborar su visión. No menos sorprendente debía ser su olvido a la hora de utilizar las partes del proceso a Carranza que en 1844 había publicado P. Sainz de Baranda. <sup>53</sup> La información que proporcionó Castro fue relativamente abundante, original y sobre todo diversa para lo que se estilaba en la época. Sin duda, hizo una intensa búsqueda en la Biblioteca

<sup>50</sup> *Historia de los protestantes*, op. cit., p. 75.

<sup>51</sup> CASTRO Y ROSSI, A., *Historia de los protestantes españoles*, op. cit., p. 376.

<sup>52</sup> PASAMAR ALZURÍA, G., «La invención del método», op. cit., p. 188.

<sup>53</sup> *Colección de Documentos inéditos para la Historia de España*, vol. IV, Madrid 1844.

Nacional y quizá en la Academia de la Historia (aunque de aquí no utilizó la copia del proceso a Carranza que tenía en sus fondos), los únicos lugares entonces en los que se podía consultar esa diversidad de libros que cita, pero se olvidó de utilizar lo más obvio, lo que utilizaba cualquier historiador serio de la época: las crónicas, la documentación publicada y, por supuesto, la abundante historiografía que estaba apareciendo en esos años sobre Felipe II.

La apuesta de Castro para convencer al lector de la veracidad de sus aseveraciones fue lograr una mayor erudición sobre los temas tratados, acumulando material de la más diversa índole, obras literarias, correspondencia, crónicas, etc., presentándolo en un revuelto sin criterio en el que aparecían al mismo nivel algún dato proveniente de archivo, junto a citas de obras literarias utilizadas como crónicas. Todo ello contrastado con otras obras literarias del mismo perfil a las que, sin embargo, calificaba de falsas o sesgadas. En aquellos casos en los que más descendió a los detalles concretos de un suceso histórico, como en el Saco de Roma,<sup>54</sup> su relato suele moverse entre el cotilleo y el folletín.

En otras obras había citado a alguno de los importantes historiadores contemporáneos que estaban trabajando sobre el reinado de Felipe II, como Mignet,<sup>55</sup> pero en esta ocasión poco cita además de Bermúdez de Castro. Era evidente que Castro sabía poco de historia y tampoco tenía mucho interés en aprender más, sin embargo, manejaba bastante más de literatura. Este último era el terreno en el que se movía con bastante fluidez y de donde extraía sus fuentes de información, incluso su redacción estaba salpicada de recursos narrativos propios de la novela histórica. Es cierto que entonces la historia formaba parte de las «letras»,<sup>56</sup> pero para cualquier lector Castro estaba más cercano a la literatura que a la historia. Efectivamente, Castro sabía lo que quería decir en sus obras de historia y desde el primer momento, combinando a su antojo todo tipo de fuentes y recursos literarios o digresiones y críticas ideológicas, iba introduciendo al lector en su interpretación del pasado, recurriendo más a los sentimientos de quien leía que a pruebas documentales o explicaciones deductivas.

Aunque buena parte de su información sobre los procesados no provino de la literatura o la tratadística, de ellas extrajo las fuentes que más utilizó para realizar sus interpretaciones. De aquí sacó sus pruebas para afirmar, por ejemplo, la notable cultura e inteligencia de D. Carlos acudiendo a un texto del Juan Huarte de San Juan que no demuestra nada más allá de la inventiva del autor.<sup>57</sup> Por su propia naturaleza, las fuentes que utilizó fueron de carácter indirecto y para transformarlas en pruebas irrefutables,

<sup>54</sup> CASTRO Y ROSSI, A., *op. cit.*, pp. 85 y ss.

<sup>55</sup> *El Conde-Duque*, *op. cit.*, p. V.

<sup>56</sup> PELLISTRANDI, B., *Un discours nationale*, *op. cit.*, pp. 533 y ss.

<sup>57</sup> CASTRO Y ROSSI, A., *Historia de los protestantes*, *op. cit.*, p. 326.

Castro tuvo que recurrir a extraños malabarismos, cuando no a tergiversaciones. Con este bagaje se atreve con afirmaciones de tanto peso como: «Don Carlos fue un príncipe amado de los españoles por las virtudes que tenían albergue en su alma, por el valor que encerraba en su pecho y por la claridad de su no vulgar entendimiento».<sup>58</sup>

Los propagandistas de Felipe II, según Castro, crearon una imagen de la realidad a imagen y semejanza de las decisiones y el gobierno tiránico del rey. Sobre estas mentiras se construyó el poder tal y como lo ejerció este rey, que a su vez lo transmitió a sus sucesores de forma que, desde este falseamiento inicial, ese poder acompañado de esas mentiras, ha llegado hasta su mismo presente histórico, cuya síntesis y continuidad habría girado en torno a la Inquisición y su persecución de las minorías amantes de la libertad. A través de la *Historia de los protestantes*, Castro estaba intentando desvelar a sus contemporáneos esta genealogía, explicándoles cómo sucedió todo, quiénes fueron las víctimas y quiénes los culpables. La esencia misma de la historia de España. Y para él, más que hacer una crítica de los testimonios escritos y su diferente valor, como comenzaban a hacer los historiadores,<sup>59</sup> se llegaba a la verdad a través de la crítica a la honestidad intelectual de los autores.

Para él, los propagandistas y aduladores al servicio del poder en general, crearon una opinión sobre cuanto ocurría y decidían los reyes que, por diferentes medios, se ha transmitido al conjunto de la sociedad. Esta falsa conciencia alimentada por los corruptos que se beneficiaban del poder y sostenida con la eliminación de los discrepantes, ha sido el principal sostén del poder tiránico, no la nobleza ni ninguna otra fuera social. Aquí está el motor de la historia para Castro: la ideología entendida como falsa conciencia encubridora de la corrupción y el despotismo. Y nada más importante en este terreno que la religión. Los intelectuales fueron y continúan siendo quienes tienen los recursos para captar la verdad y también para crear esta falsa conciencia, por esta razón el poder los ha vigilado muy atentamente, porque están situados en el centro de la historia y en cierto modo son sus hacedores. Ellos son los únicos dotados de la formación y la inteligencia suficientes para comprender la realidad circundante, para indagar detrás de las apariencias y desvelar las ocultas conspiraciones que suelen mover la historia. Ellos eran y son los que pueden decir lo que de verdad ocurre o los que pueden falsear la realidad hasta confundir a las personas instruidas y estas a la plebe.

¿Cómo distinguir a los intelectuales que dicen la verdad de los aduladores? Para Castro «una senda hay por donde va el camino de la verdad histórica, pues en ella se encuentran los testimonios de autores contemporáneos exentos de toda sospecha».<sup>60</sup> Efectivamente, en algunos momentos cita algunas cartas que le ha pasado Gayangos,

<sup>58</sup> *Ibid.*, p. 328.

<sup>59</sup> MORENO ALONSO, M., *Historiografía romántica*, op. cit., pp. 232 y ss.

<sup>60</sup> CASTRO Y ROSSI, A., *Historia de los protestantes*, op. cit., p. 332.

pero esto no es más que un adorno en una obra construida en torno al testimonios de los «sabios» no comprometidos con el poder. Para Castro la diferencia entre los tiranos y los grandes hombres de gobierno reside en que los primeros gobiernan a través de la conspiración y el engaño, utilizando una cohorte de aduladores y propagandistas de sus mentiras, mientras impiden que los sabios expliquen al vulgo la verdad. Los segundos, por el contrario, gobiernan con la verdad, no temen a la libertad y se rodean de hombres sabios que dan testimonio ordenado, fidedigno e imparcial de lo que ocurre a sus contemporáneos y a la posteridad.

Pocos fueron los escritores que reunieron estos requisitos, porque lo habitual ha sido encontrarse, como señala en el capítulo dedicado a D. Carlos, con «quienes guiaba la pluma la vil adulación o el temor a ofender la buena memoria del este monarca por haber injustamente manchado el nombre de su hijo con el fin de disculpar su prisión y su muerte».<sup>61</sup> Castro es muy consciente de la importante función de los apologistas de los reyes, por ello va a entablar frecuentes contrastes entre estos escritores «interesados» y los que él considera imparciales, que son los que merecen credibilidad y en quienes sustenta su relato. Castro utiliza las fuentes literarias a través de largas citas y con ellas presenta al lector el pensamiento de los mejores escritores.

Pretende descubrir la actitud de los escritores recogiendo sus palabras sobre las actitudes de los eclesiásticos, D. Carlos o el rey. Sin embargo, no tiene interés en utilizar esas fuentes literarias para indagar, más allá de algunas generalizaciones, en los comportamientos sociales o la religiosidad del «vulgo», aspectos de los que habla mucho. Para él, la plebe es ignorante y crédula, cayendo en todo tipo de engaños perpetrados desde el poder. Tras la muerte de Agustín Cazalla, por ejemplo, describe los rumores que circularon sobre su arrepentimiento y conversión de última hora, anunciando que en prueba de su salvación eterna pasearía en un caballo blanco por Valladolid, cosa que algunos hábiles manipuladores simularon. «Esta noticia», dice, «hábilmente esparcida por la sagacidad de los inquisidores, halló grata acogida en los rudos ánimos de la plebe ignorante y novelera», que creyó «tan ridícula patraña (...). Así se engañaba en aquel siglo.»<sup>62</sup> Castro va a utilizar constantemente estos testimonios para definir la naturaleza del «pueblo».

### **Catolicismo y tiranía.**

Con su obra *Balmes* había realizado un formidable esfuerzo de interpretación católica del pasado nacional que será un punto de referencia para los autores conserva-

<sup>61</sup> *Ibid.*, p. 335.

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 164.

dores en el resto del siglo. Poco después, Adolfo de Castro realizó otro gran esfuerzo por construir una visión alternativa y exaltada en la que los luteranos eran el centro. No obstante, desde la *Advertencia*, Castro señaló que no pretendió «defender las doctrinas de la reforma», y que él «profesa y respeta la religión católica, como cumple a su deber de español, y defiende la tolerancia religiosa; porque además de crearla útil a los pueblos y conforme a la dignidad del hombre, ve que está la consentida por las leyes patrias». Son unas declaraciones con las que Castro se curaba en salud en un Estado confesional y que, por el mismo contexto en que las formula, parecen dictadas por pura convención. Para saber que pensaba de verdad al respecto hay que analizar el libro.

Para Castro la historia es obra de los hombres y esto para él significa que solo es entendible desde la perspectiva de las pasiones o los deseos humanos y, aunque alguna vez invoque la intervención divina, esta tiene escasa relevancia. Solo los hombres son los responsables de la historia, siendo sus egoísmos y bajas pasiones los que dominan su quehacer, raramente su racionalidad. Por supuesto, su visión antropológica es inequívocamente negativa, propia de su obra durante estos años. Siguiendo la evolución histórica a través de la *Historia de los protestantes*, se observa una sucesión de siglos y períodos, pero no una evolución propiamente dicha y menos aun una trayectoria progresiva de la humanidad hacia su perfeccionamiento. El cambio de los tiempos parece resultado de una evolución biológica, pero al permanecer inalterable la fuerza motriz de la historia, la naturaleza de los hombres, aquella ofrece un carácter circular y repetitivo. Es decir, es un pasado que siempre resulta presente. Para Castro, este es el motivo por el que resulta tan útil comparar lo ocurrido en el Imperio Romano con lo sucedido bajo el reinado de Felipe II.

Al igual que los historiadores de aquellos años, Castro deja claro que él habla de hechos y no pretende mezclar lo que ocurrió con la filosofía.<sup>63</sup> Tampoco trata los aspectos doctrinales propiamente dichos, ya que, como señala en su «Advertencia», deja «las disputas sobre materias de Fe a los teólogos y a los canonistas, y reduce su libro a cuestiones históricas en la parte política». Lo que le interesa es dejar constancia de la gran valía intelectual de los protestantes, contrastando su actitud con la de Felipe II y la Inquisición, aquellos que para Castro son la quintaesencia del catolicismo español. De esta forma, a través de los núcleos luteranos, define sobre todo, lo que entiende por catolicismo español y lo que debería ser la religión. Es decir, sin introducirse en las áspers polémicas doctrinales, dice mucho acerca del catolicismo.

A través de la religión, el autor va a hacer un vivo retrato de los comportamiento humanos, ya sean individuales o colectivos, como si los principios religiosos fuesen lo de menos, mientras lo importante fuesen las pasiones y los intereses de quienes tienen

<sup>63</sup> MORENO ALONSO, M., *La historiografía romántica*, op. cit., p. 227.

capacidad de influencia histórica. Con este mecanismo transforma la religión en un verdadero calidoscopio de los comportamientos y las pasiones humanas, incluso, podría decirse que la religión queda reducida a esto y, por esta vía, adquiere un protagonismo central y ofrece las mejores posibilidades de manipulación a los desaprensivos que ejercen el poder. Quizá por eso no le importa la verdad religiosa, sino la religión como expresión del conflicto entre aquellos que expresan su racionalidad y lo mejor del ser humano mientras procuran la libertad, frente a los que se levantan aquellas personas viles que ocultan su egoísmo tras un siniestro control político y un miedo acerbo a la libertad.

En las hogueras que habían ardido en Valladolid y Sevilla, tal y como decía Castro, se habían consumido las posibilidades de una religión basada en la libertad de pensamiento, imponiéndose una religión en la que se expresaban los peores sentimientos humanos, la manipulación y la tiranía del rey y sus acólitos. No es extraño que algunos contemporáneos sospechasen que, tras sus declaraciones de afirmación católica, se escondiese una abierta simpatía por el protestantismo. Esto sería algo difícil de encajar en la trayectoria de Castro, porque una defensa abierta del luteranismo le hubiese acarreado la marginación, el romper con sus expectativas de cargos, honores y reconocimiento en la España confesional de Isabel II. Este hubiese sido un coste tan inevitable como difícil de asumir para el ambicioso Castro. Es cierto que fue por Cádiz por donde penetraron las primeras predicaciones protestantes y anglicanas a partir de 1838 y sería bastante normal pensar que, dotado de una gran curiosidad, tuvo conocimiento de estas predicaciones. También están comprobados sus contactos con Usoz y Río,<sup>64</sup> pero de ello no se puede inferir el filoprotentantismo de Castro, aunque seguramente sí adquirió un cierto conocimiento de los principios doctrinales de esta confesión.

En estos años, Castro pretendió enseñar liberalismo a través de un cristianismo rigorista que rayaba en el anticlericalismo, pero siempre se cuidó mucho de criticar a la Iglesia en cuanto tal. Incluso en sus críticas a los eclesiásticos, excepto casos extremos, procuró dejar a salvo a la institución. Castro denunció el ropaje que había adoptado el catolicismo en España como reducto de la riqueza, los excesos del clero, de la alianza entre el Trono y el Altar, es decir, como instrumento de dominación política y verdadero «opio del pueblo». De los protestantes le gustaba la libre interpretación de la Biblia y la no existencia de una institución eclesial tan pesada como la católica, es decir, una confesión en que, según sus análisis, podía haber la libertad, algo que no veía en la Iglesia católica. Así las cosas, presentó a los protestantes como los verdaderos

<sup>64</sup> RAVINA MARTÍN, M., *Bibliófilo y Erudito*, op. cit., pp. 53 y ss.; RICART, D., «Notas para una biografía de Luis Usoz y Río», *Studia Albornotiana*, XIII, Bolonia 1973, pp. 436-532; VILLAR, J. B., *Intolerancia y libertad en España Contemporánea. Los orígenes del protestantismo español actual*, Madrid, Istmo, 1994.

cristianos, «los mártires», que, al margen de la jerarquía y del poder, pretendían decir la verdad y vivir su cristianismo con libertad. Un tratamiento este muy del gusto de los lectores ingleses y protestantes a los que, quizá preferentemente, se dirigió el libro y no se puede olvidar el éxito en su intento: la obra tuvo bastantes más ediciones en el extranjero que en España.

A él no le interesaban los aspectos doctrinales, entre otras cosas, porque no pretendió romper con la Iglesia o cambiarla, sino criticarla como instrumento al servicio del poder, difusora del fanatismo para ocultar sus intereses humanos. Incluso el tratar de doctrina chocaba con su interpretación de la religión como algo tan humano y sensible que lo mismo podía ser marco de libertad o bien, como había sido habitual en la historia de España, instrumento pervertible por los tiranos para convertir al pueblo embrutecido en su dócil instrumento. Esta era la maldición de la historia nacional. Esta misma concepción le había llevado a convertir a los judíos en los héroes de la lucha por la libertad frente al fanatismo popular y de algunos reyes en su *Historia de los judíos*. Su crítica la hizo desde la defensa de los verdaderos principios del primer cristianismo que para él era sinónimo de tolerancia y libertad. Su radicalismo en el tratamiento de las cuestiones religiosas era más anticlerical que de ruptura con el catolicismo, cuya verdadera esencia en otras ocasiones reclamó. Sus afirmaciones más gruesas en defensa de los protestantes de Sevilla y Valladolid, en realidad, estaban dirigidas contra el comportamiento cerril y corrupto de la Iglesia que había empujado a los mejores cristianos a romper con ella para reencontrar en el luteranismo la pureza y la libertad de la fe. Comprendiendo su visión del cristianismo como un rigorismo moral, quizá se entienda mejor su posterior defensa del catolicismo más tradicional, cuando ya tampoco gozaba de tanto predicamento en el extranjero.

Se mire por donde se mire, en la *Historia de los protestantes*, el pueblo español no presenta ninguna virtud que no sea la ignorancia, la obediencia ciega y servil al poder y a la Iglesia, el tradicionalismo más atávico y fanático que estalla a la menor ocasión contra los sabios que quieren la libertad y el conocimiento. No hace falta que el poder lance al vulgo contra los reformistas, cualquier sacerdote encolerizado puede enardecer al pueblo y provocar un motín que se dirigirá contra quienes quieren cambios, por más que estos favorezcan al pueblo. Es un populacho dominado, porque parece querer la dominación, que es la forma más fácil de vivir, siempre y cuando se le permitan sus fiestas. Todo esto es con lo que Castro dibuja al catolicismo español, el vehículo de comunicación entre un poder tiránico y un vulgo atávico.

En su conjunto, en los libros de historia de Castro de estos años, lo español está marcado por una tendencia que más bien podría calificarse de ley: la renuncia a la libertad de pensamiento ha provocado que aquello que es susceptible de salir mal, se resuelva peor. Por esta razón, la historia de la nación parece evolucionar con arreglo a

una maldición que la mantiene paralizada en el atraso y la ignorancia. Es una especie de ley circular en la que cada intento de abrir una ventana a la libertad por parte de algún grupo de sabios, acaba con sus protagonistas en la hoguera o la cárcel. La estrecha alianza entre el trono y el altar, sostenida en un pueblo que así lo quiere, ha condenado a España a la tiranía y la parálisis. En este discurso, los españoles tienen lo que se merecen sin que esto les desagrade, excepto a una minoría de hombres cultos e inquietos que sí necesitan la libertad. Estos son los que de verdad sufren como una insoportable losa el despotismo y el catolicismo fanático.

Para Castro ha habido naciones que han sabido dar con la forma de romper esta tendencia al eterno retorno, encontrando la vía del progreso. Su *Historia de los protestantes* aparece así como un libro dirigido a los españoles ilustrados, orientándoles sobre el camino a tomar para romper con las cadenas. De esta forma, su análisis de lo ocurrido con los protestantes de Sevilla y Valladolid, su comparación con otras épocas históricas, tiene como objetivo enseñar a una minoría de estudiosos y hombres de acción lo que hicieron sus verdaderos antecesores en el siglo XVI, los protestantes, y las razones por las que fracasaron. Ellos son quienes pueden arrancar ahora a España de su círculo vicioso y a ellos se dirige pretendiendo ayudarles a encontrar el camino que traerá el progreso a la nación a través de la libertad. ¿Cómo recibieron el mensaje aquellos a los que iba dirigido tanto en España como en el extranjero?

En la *Historia de los protestantes*, Castro no se mostró contrario a cualquier forma de poder, porque destacó el papel positivo de la nobleza que, según él, había sido el último baluarte de libertad que resistió contra el poder del rey. Del mismo modo, bajo el manto de sus inventivas contra Felipe II y otros reyes, se escondía una posición favorable a la Monarquía como demuestran sus elogios a D. Carlos o su simpatía por la acción de algún rey. En realidad, sus dardos se dirigieron contra la alianza del trono y el altar y, sobre todo, contra el pueblo español. La argamasa de este conjunto se había fraguado en torno a un catolicismo sometido al rey y al clero corrupto, haciendo de él un instrumento perverso. No es que hablase contra Felipe II o la mayoría de los eclesiásticos, es que con su crítica infectaba de una consustancial malignidad la historia de la nación, porque convertía al pueblo español en un sujeto despreciable e incapaz de cualquier comportamiento heroico, incluso, en los momentos que más lo exigían. Es decir, el código genético del protagonista de la afirmación nacional, el pueblo, quedaba reducido a poco menos que escoria, negando de este modo la viabilidad al nacionalismo español. Parece como si Castro, a través de su *Historia de los protestantes*, estuviese trasladando al reinado de Felipe II la visión entre el folclore y el horror de muchos viajeros extranjeros.<sup>65</sup> Por esto mismo su interpretación del pasado tuvo tanto éxito en

<sup>65</sup> NÚÑEZ FLORENCIO, R., *Sol y sangre. La imagen de España en el mundo*, Madrid, Espasa-Calpe, 2001.

el extranjero y logró tantas traducciones a pesar de sus debilidades historiográficas. Sin embargo, en España presentaba aspectos que hacían imposible el que Castro se convirtiese en el elemento nucleador de la construcción de una interpretación del pasado nacional de amplio seguimiento entre las corrientes liberales.

### **Las consecuencias de la *Historia de los protestantes* en la trayectoria de Castro.**

Efectivamente, Castro había invertido la visión del pasado nacional con Felipe II en su *Historia de los protestantes* y ampliado su interpretación de esta visión en el *Examen filosófico*. La visión resultante fue bastante distinta a la que se estaba forjando como interpretación oficialista del pasado nacional. ¿Con qué materiales, con qué método? De ello dependía su credibilidad, su posibilidad de conseguir una audiencia, nunca mayoritaria evidentemente, y de ser el punto de arranque de una corriente historiográfica. Aparentemente, Castro presentaba un perfil semejante al de los autores que estaban ingresando en la Academia de la Historia, pero no era así y sus contemporáneos lo sabían. Es cierto que en su *Historia de los protestantes* maneja más fuentes que en cualquiera de sus obras anteriores, demostrando que utilizó alguno de los recursos que le proporcionaba la capital, pero mantuvo los presupuestos anteriores sin integrarse en las nuevas perspectivas historiográficas. Su paso por Madrid no cambió en esencia su forma de enfocar la historia ni sus recursos metodológicos, basta una comparación con su *Historia de los judíos*,<sup>66</sup> aunque sí va enriquecer las fuentes que utilizó y su capacidad para responder a su manera a las exigencias de la nueva historiografía. Se atrevió con los argumentos con los que nadie se había atrevido hasta entonces, pero carecía de formación y de interés por adquirirla para expresar las posibilidades de esa información. Sustituyó la crítica de fuentes por la valoración moral de los intelectuales y que, según Castro eran quienes habían forjado la opinión en su contemporaneidad y la falsificación de la historia.

Los contemporáneos fueron bastante consciente de la debilidad metodológica y la precipitación de las obras históricas de Castro y el Bachiller Bo-vaina lo expresó con mucha claridad: «En efecto la invención era fácil, no se necesitaba más que atrevimiento, y este le sobre al señor D. Adolfo de Castro; porque un mozo que cuenta con veintisiete años de edad, y ha dado a la luz las historias de *Cádiz*, *Jerez de la Frontera*, de los *Judíos en España*, de los *Protestantes españoles*, algunas poesías de Calderón y de otros..., y que piensa publicar muy luego la *Historia del pensamiento español perseguido por la Inquisición*, es hombre que, o nació con ciencia infusa o tiene mucho atrevi-

<sup>66</sup> LÓPEZ-VELA, R., «La plebe y los judíos», *op. cit.*, pp. 107 y ss.

miento». Descontando el tiempo que ha tenido que dedicar a formarse, a comer etc, «no le queda suficiente para hacer nada de historia concienzuda, sino es esa historia que hoy se apellida así, que consiste en un atlas bibliográfico con cuatro frases de moda, y sin probar nada de lo que se dice».<sup>67</sup>

Efectivamente, a pesar de los cuatro años o más en que estuvo perfeccionando el libro desde su primera redacción, el resultado final está mal acabado y trasluce precipitación, siendo muy evidente la falta de una última redacción capaz de dar la necesaria coherencia a todas las partes, eliminar las abundantes reiteraciones y mejorar una redacción que a veces resulta difícil. Sin duda, a pesar de las debilidades historiográficas del autor, sin tanta manipulación sensacionalista y una redacción más sosegada, hubiese conseguido una mayor reflexión y explotar la calidad de la información que tenía. Lo cual, seguramente, habría redundado en un texto más sólido, porque el material del que parte es apreciable para la época, a pesar de sus deficiencias. En la *Historia de los protestantes* hay mucho de lo que dice el Bachiller Bo-vaina, pero también hay una información valiosa que quedó apagada tras los escándalos del *Buscarruido* y la parafernalia de la *Historia de los protestantes*. Castro manipuló los métodos de la historiografía romántica para escribir una obra con apariencia de libro riguroso y un tratamiento a caballo entre la novela histórica y el publicismo. Así, «la verdad» resultante, por más información que contuviese, era un pasado nacional invertido en el que los héroes y grandes hazañas eran justo su contrario. En esta inversión hay un espíritu manipulador no tan lejano al que inspiró *El Buscapié*.

Una vez más, el Bachiller Bo-vaina tradujo de forma bastante expresiva el rechazo que inspiraba en el grueso del liberalismo español la interpretación histórica de Castro: «La *Historia de los protestantes* traducida en Inglaterra, ¡vaya milagros!, en ocasiones en que descaran que hubiese un autor católico (así se juzga por alguno de la historia de los hombres y de la fuga de las obras, sin tener en cuenta las circunstancias que a ello obligan, y entre otras la traducción de una historia de los protestantes españoles en la Inglaterra protestante: ¡qué cosa tan singular! cuando ahora mismo están los buenos ingleses reprimiendo todas las obras de libres pensadores antipapistas. Así es el mundo, siempre se traduce lo que menos interesa».<sup>68</sup> A pesar del desolador panorama histórico español que trazaba Castro, el universo intelectual y político del reinado de Isabel II resultaba demasiado denso para dejarse arrastrar por las cabriolas de Castro.

Castro fue un autor singularmente proclive a encontrar mediterráneos enfrentándose a las opiniones mayoritarias y entablar grandes polémicas y, sin embargo, fue el autor de aquellos años que gozó de mayor proyección internacional, incluso después del

<sup>67</sup> *El Buscapié del Buscarruido*, op. cit., pp. 32-33.

<sup>68</sup> *El Buscapié del Buscarruido*, op. cit., p. 32.

escándalo de *El Buscapié*. Conectó muy bien con las amplias corrientes intelectuales del extranjero aficionadas a lo español y cuya visión resaltaba los aspectos más oscuros del pasado nacional, convirtiéndose así en un autor muy traducido y con un amplio eco entre las corrientes menos académicas de fuera de España. A fin de cuentas compartían una visión muy semejante sobre España. Puede pensarse que Castro, tan bien tratado por los editores extranjeros, intentó ser el defensor de esa visión negra del pasado español tan difundida en la Europa y construir con esta perspectiva su carrera como historiador. Así, formuló una interpretación del pasado nacional que suponía la negación de lo español, convertido en sinónimo de Inquisición, Felipe II y fanatismo. Era una elaboración largamente desarrollada durante la modernidad en el seno de las confesiones que surgieron al calor de la reforma y que se encontraba en intensa renovación en aquellos años.<sup>69</sup> Traducido en diversas lenguas, famoso en España, en lugar de utilizar el considerable trabajo de recopilación de fuentes que había hecho sobre los protestantes, Carranza o D. Carlos, completándolas con la información más accesible y la historiografía oportuna, retorcí sus materiales para adaptarlos a una interpretación ya construida. Su afán de notoriedad, de convertirse en el faro intelectual, es lo que mejor explica sus prisas y la orientación de sus análisis históricos en estos años.

Del pensamiento de Balmes surgió una interpretación de la historia nacional sobre la que se construyeron las interpretaciones de las corrientes conservadoras más ligadas a la Iglesia, como también sucedió con Lafuente y su *Historia General de España*. Dadas sus deficiencias y los escándalos entre los que navegaba el autor, de la obra de Castro no surgió una corriente historiográfica, convirtiéndose quizá en uno de los primeros ejemplos, sino en el primero, de la incapacidad por parte de las corrientes «exaltadas» y anticlericales de crear una propuesta historiográfica consistente. Creo que no es casual que siendo una persona tan conocida entonces, no publicase en Madrid ninguno de los libros sobre materias históricas de esta etapa. Seguramente, la desconfianza que generaba su persona y su obra impidió que los mejores editores se arriesgasen a verse envueltos en otro escándalo. No obstante, hay que reconocerle el mérito de haber sido seguramente el autor que, desde posiciones cercanas al anticlericalismo, intentó una interpretación histórica original respecto a la de J. A. Llorente y su *Historia crítica de la Inquisición en España*, partiendo de una información más abundante.<sup>70</sup>

En 1852 dejó de ir a Madrid asiduamente, tras el escándalo, y creo que con ello abandonó sus expectativas de abrirse camino en la capital, de convertirse en un reconocido intelectual en España y el extranjero. Mientras en la crítica literaria, entre quienes se movían en el ramo de la Academia de la Lengua, criticaron *El Buscapié* con relativa

<sup>69</sup> Vid. GARCÍA CÁRCCEL, R., *La leyenda negra*, op. cit.

<sup>70</sup> Para seguir la polémica sobre la Inquisición en el siglo XIX, vid. LÓPEZ-VELA, R., *Historiografía inquisitorial*, op. cit.

discreción, dada la envergadura del fraude, en el ramo de la historia y su Academia, en cambio, la respuesta a la obra de Castro fue el silencio en las grandes obras con las que se estaba construyendo la visión oficialista del pasado nacional. Ni Modesto Lafuente, tan atento a seguir lo interesante que se publicaba, ni Cabanilles, ni ninguno de los que en aquellos años escribieron las grandes historias de España, citó las obras de Castro, especialmente su *Historia de los protestantes*, a pesar de la información que ofrecía. Tras el escándalo de *El Buscapié*, sin conseguir credibilidad con su *Historia de los protestantes*, debió perder gran parte del apoyo de sus valedores en Madrid. Castro, que tanto dependía de los contactos para hacerse un hueco en la capital, sin encargos y posibilidades solventes de supervivencia, debió encontrarse en una situación económica muy difícil para permanecer en Madrid. A partir de entonces continuó con la crítica literaria, mientras relegaba su trabajo como historiador.

Entre 1850 y 1852 había llegado al cenit de su proyección y a partir de entonces sus expectativas quedaron bastante mermadas. Logró algunos puestos políticos en Cádiz y Andalucía occidental durante el reinado de Isabel II, pero no consiguió saltar a cargos de remuneración estable. Con los años y de forma creciente a partir de 1860, su pensamiento fue adquiriendo tintes más conservadores, acusando de infieles y herejes a los krausistas,<sup>71</sup> mientras su trayectoria se circunscribía cada vez más a su ciudad natal. Desde el inicio de la Restauración Menéndez Pelayo le defendió en algunas ocasiones, pero eso no impidió el que acabase sus días en la pobreza, gozando de escaso reconocimiento y sin lograr lavar el escándalo de *El Buscapié* que luego definió como *muchachada*. No obstante, no toda su obra fue hundiéndose con semejante intensidad en el olvido. En su *Historia de los heterodoxos*, Menéndez Pelayo ofreció un análisis y una interpretación sobre los núcleos luteranos de Valladolid y Sevilla,<sup>72</sup> con una calidad incontestablemente superior, pero con todo la obra de Castro siguió citándose. Mientras el resto de sus obras de historia de este período fueron superadas inmediatamente o quedaron como una más entre otras, la *Historia de los protestantes* continuó siendo referencia frecuente entre los autores más cercanos al anticlericalismo. En este terreno tuvo abundantes seguidores hasta comienzos de la Restauración en que la traducción de la obra del francés Forneron<sup>73</sup> desbancó el libro de Castro como fuente de inspiración de los más críticos hacia este rey.

<sup>71</sup> MARQUEZ VALLEJO, Y., *Adolfo de Castro, op. cit.*, p. 49.

<sup>72</sup> *Historia de los heterodoxos, op. cit.*, vol. I, pp. 930 y ss.; vol. II, pp. 53 y ss.

<sup>73</sup> La versión original se publicó como *Histoire de Philippe II*, 4 vols., París 1881-1882. Se tradujo con el título *Historia de Felipe II*, Barcelona, Montaner y Simon Editores, 1884. Sobre este libro *vid.* mi trabajo «La integración de la leyenda negra en la historiografía: el hispanismo francés y Felipe II a fines del XIX», en MARTÍNEZ MILLÁN, J. y REYERO, C., *El siglo de Carlos V y Felipe II. La construcción de los mitos en el siglo XIX*, vol. II, Madrid, Sociedad Estatal para la conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000, pp. 13-67.